



**EL HOMBRE  
QUE PARECÍA  
UN CABALLO**

*Rafael Arévalo Martínez*

## NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual  
[www.lanovelacorta.com](http://www.lanovelacorta.com)



FILOLÓGICAS



CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



Centro de Investigaciones sobre  
América Latina y el Caribe

# EL HOMBRE QUE PARECÍA UN CABALLO

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

José Ricardo Chaves  
Presentación

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*La novela corta. Una biblioteca virtual*  
www.lanovelacorta.com

Rafael Arévalo Martínez, *El hombre que parecía un caballo*  
Primera edición digital: 18 de agosto de 2023  
D. R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México  
Avenida Universidad 3000  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,  
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas  
Circuito Mario de la Cueva, s. n.  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán  
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales  
Ex Sanatorio Rendón Peniche  
Calle 43 s. n., entre 44 y 46  
Col. Industrial, 97150  
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Avenida Universidad 3000  
Torre II de Humanidades, piso 3  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,  
Ciudad de México

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6956-4  
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,  
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la  
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.  
Hecho en México.

## ÍNDICE

Presentación. Arévalo Martínez o La signatura del andrógino <i>José Ricardo Chaves</i> .....	7
<i>El hombre que parecía un caballo</i> .....	25
Noticia del texto .....	45
Rafael Arévalo Martínez. Trazo biográfico .....	49

## PRESENTACIÓN

Arévalo Martínez o La signatura del andrógino  
José Ricardo Chaves

Hay escritores que en la escena literaria aparecen por parejas ante los lectores: son pocos pero los hay. Cada uno funciona por separado y tiene sus propias características, pero son amigos entre sí y generan conjuntamente un producto literario de calidad que pasa a la historia: textos en común (cuentos y antologías, como J.L. Borges y A. Bioy Casares), conversaciones (J.W. Goethe y J.P. Eckermann), o uno sirve de modelo al otro (P. Barba Jacob y R. Arévalo Martínez). La amistad no siempre dura para toda la vida (como la de Borges y Bioy); puede ser sólo por ciertos periodos cortos pero intensos (Barba Jacob y Arévalo) o vinculada sobre todo por coyunturas profesionales (Goethe y Eckermann).

El relato *El hombre que parecía un caballo*, de Rafael Arévalo Martínez (1884-1975), se nutrió en origen, proceso y original recepción de una amistad literaria de alto contenido libidinal, incluso erótico, mientras no reduzca-

mos este término a lo sexual y corpóreo —aunque el sexo y los cuerpos tengan ahí su cuota de retórica—. Su género literario (¿cuento, novela corta?) ha sido tan ambiguo para la crítica como el de su temática. Su publicación en 1915 constituye un ejemplo elocuente de lo que Daniel Balderston ha llamado “escritura del deseo”, en su variante homosexual, tanto a nivel de contenido, de lenguaje, de intención, como de la voz del propio narrador, que se pretende unificada claramente con la del autor, Arévalo. Por entonces los lectores se fijaron, no tanto en quién emitía la voz, sino en su referente: tras el personaje Aretal estaba el poeta Ricardo Arenales, seudónimo de Miguel Ángel Osorio (1883-1942), el colombiano errante realmente existente al final de la cadena nominal. Significativamente, con este relato, muere el seudónimo Arenales y surge uno nuevo, su heredero reencarnado, Porfirio Barba Jacob. Visto en retrospectiva, el relato aparece como una de las primeras manifestaciones de literatura homoerótica en América Latina.

Tras las construcciones zoomorfas de alto perfil lingüístico, entre topacios, diamantes y esmeraldas, yendo más allá del por entonces ya envejecido modernismo rubendariaco hacia un vanguardismo que todavía no se atrevía a decir su nombre del todo, la prosa de Arévalo elige como oscuro objeto de su deseo al equino Aretal y lo muestra decadente, invertido, amoral, en una época en

que esto podía causar estupor y represalia contra Osorio, ya casi Barba Jacob. Sin haber un juego psico-literario tan elaborado como el de los heterónimos de Fernando Pessoa, Osorio, tras esta irrupción literaria que lo catapultará a la fama y al escarnio, eliminará posteriormente de su biografía poética a su referente inmediato, Arenales, y creará a Barba Jacob.

El encuentro biográfico entre Osorio y Arévalo queda explícito en el texto “Cómo compuse *El hombre que parecía un caballo*”, donde Arévalo escribe: “Desde que lo conocí me sentí atraído por él. Yo tenía entonces un alma de adolescente. Y Osorio me deslumbró. Busqué su amistad con alucinamiento; se creyera que me completaba extrañamente, algo había en aquel homosexual que se ajustaba en todas sus partes a otro algo mío, y ya junto con éste formaba un todo radioso”.<sup>1</sup> Aquí la idea del “completarse”, de formar una totalidad radiante, alude a la tradición del andrógino platónico, donde el hombre antiguo fue dividido por los dioses y sus mitades se buscan. Según Platón, hubo en el origen tres tipos de humanos: masculinos, femeninos y andróginos. La división de los primeros expli-

<sup>1</sup> Rafael Arévalo Martínez, “Cómo compuse *El hombre que parecía un caballo*”, en *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*, Dante Liano (coord.), Madrid, ALLCA XX / Universidad de Costa Rica, 1997, p. 485.

ca los amores homosexuales masculinos; los segundos, los lésbicos; los terceros, los heterosexuales. Arévalo llama a Osorio “aquel homosexual”, distanciándolo y distanciándose, y él mismo afirma no serlo: “a aquella atracción anímica no correspondía ninguna atracción corporal. El cuerpo de Arenales me inspiraba repulsión”.<sup>2</sup> Nótese el lapsus: Arévalo debería decir Osorio —están en el plano de la historia—, no Arenales, ser ficticio, a menos que Arévalo esté totalmente identificado con el narrador de la historia de *El hombre*, lo que introduce un cierto aire de confesión al inicio del relato, con una alta envergadura erótica, cuando dice:

En un principio de deslumbramiento, yo me tendí todo, yo me extendí todo, como una gran sábana blanca, para hacer mayor mi superficie de contacto con el generoso donante. Las antenas de mi alma se dilataban, lo palpaban y volvían trémulas y conmovidas y regocijadas a darme la buena nueva: “Éste es el hombre que esperabas; éste es el hombre por el que te asomabas a todas las almas desconocidas, porque ya tu intuición te había afirmado que un día serías enriquecido por el advenimiento de un ser único. La avidéz con que tomaste, percibiste y arrojaste tantas

almas que se hicieron desear y defraudaron tu esperanza, hoy será ampliamente satisfecha: inclínate y bebe de esta agua” (pp. 25-26 de la presente edición).

En varias ocasiones en el relato se señala la atracción del narrador (Arévalo) por Aretal: “Esta mutua atracción nos llevó al acercamiento y estrechez de relaciones. Frecuenté el divino templo de aquella alma hermosa. Y a su contacto empecé a encenderme. El señor de Aretal era una lámpara encendida y yo era una cosa combustible. Nuestras almas se comunicaban”. Este motivo del fuego erótico se retoma más adelante: “Yo tuve el placer de arder: es decir, de llenar mi destino. Comprendí que era una cosa esencialmente inflamable. ¡Oh, padre fuego, bendito seáis! Mi destino es arder”. Tras esta etapa de encandilamiento, vendrá una decepción, luego de descubrir la amoralidad de su amado: “El señor de Aretal, que tenía una elevada mentalidad, no tenía espíritu: era amoral. Era amoral como un caballo y se dejaba montar por cualquier espíritu”. Nótese la posible connotación sexual del “dejarse montar” por cualquiera, aunque sea éste un espíritu. El rasgo equino de Aretal se refuerza al final del relato, cuando se le compara con figuras mitológicas híbridas como la esfinge y el centauro: “Sentí sus cascos en mi frente. Luego un veloz galope rítmico y marcial, aventando las arenas del desierto. Volví los ojos hacia donde

<sup>2</sup> Rafael Arévalo Martínez, “Cómo compuse *El hombre que parecía un caballo*”, ed. cit., p. 486.

estaba la esfinge en su eterno reposo de misterio, y ya no la vi. ¡La esfinge era el señor de Aretal que me había revelado su secreto, que era el mismo del centauro!”.

Con la publicación del texto, buena parte de los lectores se enfocó en la homosexualidad de Aretal/Arenales/Osorio/Barba Jacob, y no por la de Arévalo, quien, protegido por su matrimonio y su familia, supo capotear cualquier intento que le endilgara una homosexualidad que él rechazaba en sí mismo, pese a que el foco deseante del texto era él, no el otro. En el relato, no es Aretal quien busca el encuentro con el narrador, sino a la inversa, éste es quien se siente atraído por su fuerza. Quien expresa un deseo homosexual no es aquél sino éste. Mientras que Aretal aparece deslumbrante y atractivo, el narrador se muestra débil, como se aprecia en “El trovador colombiano”, texto que forma un dístico con *El hombre que parecía un caballo*: “Y el señor de Aretal, tomando de nuevo el hilo, en el maravilloso cordón que tejíamos juntos, él con sus dos piernas sembradas en la tierra, recibiendo la savia de fuerzas naturales, yo como un árbol invertido, con mis dos manos tendidas a la altura, aéreas raíces que por minúsculas ventosas recibían el pan vivo”.<sup>3</sup> Obsérvese aquí cómo

<sup>3</sup> Rafael Arévalo Martínez, “El trovador colombiano”, *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1951, p. 37.

el narrador se ve a sí mismo como “árbol invertido”, con toda el aura de homosexualidad que la palabra “invertido” tenía entonces.

En este mismo texto Arévalo continúa la historia de Aretal y se ve a sí mismo como pájaro, como grulla: “no perciben mi pobre alma de pájaro, de alas mutiladas, mi odio al contacto de la tierra, mi amor al agua y a los plateados peces, mi gravedad, mi inmovilidad y mi triste silencio de grulla [...]. Yo traigo al mundo una revelación de aves y aún no hallé un alma gemela de grulla que me escuche”.<sup>4</sup> Poco después insiste con el símil del ave y se llama a sí mismo “pobre grulla de patas esqueléticas”.<sup>5</sup> Contrástese esto con las “dos piernas sembradas en la tierra, recibiendo la savia de las fuerzas naturales” de Aretal. Así como antes se había referido a sí mismo como “árbol invertido”, ahora Arévalo escoge para su taxonomía espiritual el pájaro, la grulla, con su “revelación de aves”, tal vez inconsciente de la reverberancia homosexual que el término pájaro tenía por entonces en la cultura popular de ciertos países del Caribe y Centroamérica. ¿No cantaba García Lorca en su homófoba *Oda a Walt Whitman*: “Contra vosotros siempre / Faeries de Norteamérica,

<sup>4</sup> Rafael Arévalo Martínez, “El trovador colombiano”, ed. cit., pp. 47-48.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 48.

/ Pájaros de la Habana, / Jotos de México...”, y así continuaba con su retahíla coloquial contra “los maricas de todo el mundo, asesinos de palomas”. De palomas, ¿y también de grullas?

Más adelante, en 1928, Osorio, ahora Barba Jacob para todos, da su versión de los hechos en el texto “*El hombre que parecía un caballo*. Exégesis de la novela de Rafael Arévalo Martínez”, y queda claro que nunca sintió la menor tentación física hacia Arévalo:

Frente a este ejemplar humano de exaltadas potencias [Arenales] compareció de improviso Rafael Arévalo Martínez, que no era —como él ha querido autorretratarse dentro de la novela, cediendo a su obsesión por la fisonomía— una pobre grulla lírica, sino más bien una mísera vulpeja con hambre. Esmirriado por quién sabe qué insuficiencia glandular, pálido como un susto, miope, con los indumentos verdosos y desaseados, y que, por añadidura, le iban mal, como si el muerto hubiese sido más grande; y, lo que es peor, con una experiencia de fracaso continuo en el hogar, en la sociedad y en la literatura, se le hubiera tomado por el espectro de sí mismo, si el frío y el sudorcillo de sus manos no produjeran en el acto la impresión de algo corpóreo, material.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Porfirio Barba Jacob, “*El hombre que parecía un caballo*. Exégesis de la novela de Rafael Arévalo Martínez”, en *El hombre*

En su diatriba, Barba Jacob llama a Arévalo “vulpeja teosófica” (por su amplio conocimiento del tema esotérico), “masoquista incurable que atrae sobre sí el desprecio y el estigma”, “ignorante enciclopédico” que sólo se salva cuando enarbola su teosofía en las reuniones. Entonces

fluía la conversación hacia nobles y elevados temas, [...] disertaba con inefable dicción, que era una música, con profundidad y audacia, como quien señorea su propio tesoro, sobre los más absconditos misterios de la personalidad, sobre los orígenes del Ramayana o sobre los enigmas de la inversión sexual. Arévalo Martínez era entonces el exquisito intelectual y férvido místico que se revela de vez en cuando en sus obras, y no el tragediante de su miseria. Surgía el dios oculto bajo el harapo.<sup>7</sup>

La vulpeja, zorra esquiva, se redime así por su teosofía: “Vio a Aretal a través de su temperamento de vulpeja teosófica, como a través de un indescriptible vidrio, no sé si cóncavo o convexo: interpretó la visión con un arbitrario sentido artístico: dejó filtrar por los intersticios de la palabra y de las evocaciones una honda ráfaga de misterio”.<sup>8</sup>

*que parecía un caballo y otros cuentos*, Dante Liano (coord.), Madrid, ALLCA XX / Universidad de Costa Rica, ed. crít., 1997, p. 493.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 494.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 495.

No debe extrañar esta vinculación entre lo esotérico y lo sexual, pues justamente en ese tiempo (fines del xix y principios del xx), algunos esoteristas se involucraban en tales discusiones desde sus ideas de la asexualidad del alma, su androginia original, la reencarnación que posibilitaba el cambio de sexo en cada nueva vida, la homosexualidad como remanente de la encarnación anterior en distinto sexo y la igualdad sexual entre hombres y mujeres. Muchos esoteristas no se quedaron con estas ideas en el ámbito privado, sino que, dado su interés por las reformas educativas y pedagógicas, buscaron su aplicación velada, secularizada, a ámbitos exotéricos de la vida civil.

En la discusión original entre Arévalo y Osorio, éste, consciente de las consecuencias sociales de la publicación, y pese a su aprobación estética, no quería que saliera a la luz. Según señala Arévalo: “Se confesó ante mí de sus vicios escondidos que antes me había ocultado cuidadosamente, y hasta entonces supe que era invertido, beodo y cien cosas más. Me aseguró que yo no podría publicar mi obra mientras él viviera”.<sup>9</sup> Y, sin embargo, Arévalo lo hizo. El denuesto no fue para el autor (que se volvió famoso) sino para el narrador (que alcanzó una fama adversa por ello). Que un conocedor de los “enigmas de la

<sup>9</sup> Rafael Arévalo Martínez, “Cómo compuse *El hombre que parecía un caballo*”, ed. cit., p. 487.

inversión sexual” como Arévalo no supiera de los gustos sexuales de Osorio es difícil de creer, sobre todo teniendo en cuenta su habitual desparpajo en asuntos de su vida privada que otros tenderían a ocultar en esos años (alcohol, marihuana, jóvenes). En todo caso, a Arévalo no le importó que se conociera el asunto, convencido del valor literario de su narración.

Mencioné antes que con la salida a la luz del relato moriría eventualmente el seudónimo de Ricardo Arenales —vía el suicidio— y se impondría el nuevo y más sonoro de Porfirio Barba Jacob. Llama la atención cómo éste, años después, en 1928, tras haber atacado a Arévalo por su indiscreción literaria, lo redime por el valor estético del relato y porque, para entonces, su fama de borracho, homosexual y marihuano lo precedía siempre como una tarjeta de presentación, por lo que ya no era novedad. Tras el agotamiento del chisme, sólo quedó un texto deslumbrante. Osorio, ya asumido totalmente como Barba Jacob, escribe entonces, desdoblado entre su nueva identidad y la del fenecido Arenales:

Años más tarde, una noche, precisamente la víspera del día en que Arenales había tomado la determinación del suicidio, le pedí su concepto acerca de ciertas afirmaciones, no muy honrosas para él, que hay en la novela. El conspicuo señor de los topacios, que se despedía del mundo

literario entre humos de cáñamo indio y emanaciones de exquisitos licores, se reclinó en las piernas rotundas de un joven adolescente que lo acompañaba, y, apurando el cigarrillo de marihuana, me respondió con una convicción en que yo adiviné sabiduría, sencillez y dulzura: La obra de Arévalo Martínez es de una suprema belleza, y su belleza es su razón de ser”.<sup>10</sup>

Barba Jacob concluye su texto aclarando que “al siguiente día, en *El Imparcial* de Guatemala daba yo la noticia de que Arenales se había suprimido por libre determinación y me declaraba usufructuario perpetuo de su obra de poesía”.<sup>11</sup> Fue así como Arenales se disolvió por suicidio imaginario, no sin antes reconocer —cual canto de cisne— el valor del relato de Arévalo (el cisne alabó a la grulla) y decirle a su doble y sucesor, Barba Jacob: “Y ahora, ven, acércate a mí, ciñete a mí, penetra en mí, aspira mi marihuana, comparte mi brandy, posesiónate de mi pobre riqueza lírica, y vamos los dos hacia el hondo, musical y terrible silencio de lo desconocido...”.<sup>12</sup> Hasta

<sup>10</sup> Porfirio Barba Jacob, “*El hombre que parecía un caballo*. Exégesis de la novela de Rafael Arévalo Martínez”, ed. cit., pp. 495-496.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 496.

<sup>12</sup> *Idem.*

en sus últimos momentos, Arenales fue fiel a su perfil erótico, igual que lo sería Barba Jacob, su reencarnación, quien escribe:

Séame permitido asegurar sin sonrojos, sin mediatintas ni atenuaciones, como quien está bien seguro de expresar una verdad absoluta y definitiva, que fui el amigo más íntimo de Arenales, el confidente de sus pensamientos, el hermano a quien no es posible ocultar ninguna agitación interna, ningún dolor, ninguna desesperanza. Podría decir que soy su hijo, y como su reencarnación en la materia y su renovación en el espíritu. Comí su pan: dormí en su lecho, sus palpitaciones cordiales fueron mis palpitaciones, y su sangre cayó sobre mí, se me trasfundió y circula por mis venas.<sup>13</sup>

Como puede apreciarse, hay una interesante dinámica especular entre Osorio y sus seudónimos (sin nunca llegar a la complejidad de la heteronimia de un poeta como Fernando Pessoa), al grado de que uno de ellos, Barba Jacob, triunfará sobre todos y pasará a la historia literaria.

Pero también hay un juego de espejos entre ellos y Arévalo, que éste condimenta con designios zoomorfos provenientes, más que de fuentes prehispánicas, como han leído algunos, de la teoría renacentista de las signaturas (Paracelso), o correspondencias ocultas entre las cosas:

<sup>13</sup> *Ibid.* 492-493.

hombres, animales, piedras, planetas, etc., todo lo cual le llegaba por vía del esoterismo floreciente en su momento. De hecho, habría que complementar la lectura del relato de Arévalo con otros tres suyos, dos que tienen como eje al personaje J.M. Cendal, “profesor universitario”, a saber: “La signatura de la esfinge” y “El hechizado”, y un tercero titulado “Complejidad sexual”, cuyos personajes son “el Poeta” y su amiga Isabel, supuesto trasunto literario de Gabriela Mistral, que muestran el trasfondo esotérico platonizante de sus teorías de las signaturas y de la androginia original, la que nos permite entender su manera de ver temas como la feminidad y la homosexualidad. Llama la atención cómo Arévalo retomó para sus personajes ambiguos a referentes concretos de su tiempo: Osorio/Barba Jacob para el homosexual masculino, y Gabriela Mistral para insinuar una androginia más bien lésbica, que la historia posterior develó claramente.

Otro título importante en esta red textual de Arévalo Martínez con el equino Aretal como personaje fuerte es su novela de 1927, *Las noches en el Palacio de la Nunciatura*, en la que reaparece, en su segunda parte, ahora ubicado en “Heliópolis, la bella ciudad de los Palacios”,<sup>14</sup> trasunto literario de la Ciudad de México, en una trama que narra

<sup>14</sup> Rafael Arévalo Martínez, *Las noches en el Palacio de la Nunciatura*, Guatemala, Tipografía Sánchez & de Guise, 1927, p. 49.

una serie de fenómenos, si no necesariamente sobrenaturales, sí cuando menos extraños, que oscilan entre el espiritismo y la parapsicología. Lo interesante es que el sujeto inconsciente que genera tales efectos extraños es Meruenda, personaje abiertamente homosexual en el texto. El propio Barba Jacob había escrito años antes, en 1920, en el diario *El Demócrata*, de la Ciudad de México, una serie de cinco artículos titulada *Los fenómenos espíritas en el Palacio de la Nunciatura*, firmada todavía con el seudónimo de Ricardo Arenales, en la que narra los mismos asuntos, con una explicación que se enfila, no tanto hacia el espiritismo, sino hacia la parapsicología, estrictamente al denominado fenómeno de *poltergeist*, esto es, el movimiento, desplazamiento y levitación de objetos junto con golpes y sonidos, que no necesariamente se explica por la supuesta operación de espíritus. Estos artículos, más los testimonios de algunos de los participantes y conocedores, fueron la fuente de la novela de Arévalo.

La riqueza y complejidad del trasfondo biográfico de *El hombre que parecía un caballo*, tanto por el lado de Arévalo como por el de Barba Jacob, compite sin duda con su indiscutible valor literario. Se trata de un relato que desde su publicación se volvió un “clásico” de la literatura ambigua: entre el modernismo y la vanguardia, entre la novela corta y el cuento, entre lo fantástico y lo psicológico, entre lo humano y lo animal, entre lo homosexual ex-

plícito y lo homosexual implícito, entre la esfinge y el centauro, entre lo femenino y lo masculino del andrógino. Seguramente los lectores de las generaciones más jóvenes encontrarán nuevas y sugerentes claves de lectura.

EL HOMBRE QUE  
PARECÍA UN CABALLO

**E**n el momento en que nos presentaron, estaba en un extremo de la habitación, con la cabeza ladeada, como acostumbran a estar los caballos, y con aire de no fijarse en lo que pasaba a su alrededor. Tenía los miembros duros, largos y enjutos, extrañamente recogidos, tal como los de uno de los protagonistas en una ilustración inglesa del libro de Gulliver. Pero mi impresión de que aquel hombre se asemejaba por misterioso modo a un caballo, no fue obtenida entonces sino de una manera subconsciente, que acaso nunca surgiese a la vida plena del conocimiento, si mi anormal contacto con el héroe de esta historia no se hubiese prolongado.

En esa misma prístina escena de nuestra presentación, empezó el señor de Aretal a desprenderse, para obsequiarnos, de los traslúcidos collares de ópalos, de amatistas, de esmeraldas y de carbunclos que constituían su íntimo tesoro. En un principio de deslumbramiento, yo me tendí todo, yo me extendí todo, como una gran sábana blanca, para hacer mayor mi superficie de contacto con el generoso donante. Las antenas de mi alma se dilataban, lo palpaban y volvían trémulas y conmovidas y regocijadas a

darme la buena nueva: “Éste es el hombre que esperabas; éste es el hombre por el que te asomabas a todas las almas desconocidas, porque ya tu intuición te había afirmado que un día serías enriquecido por el advenimiento de un ser único. La avidez con que tomaste, percibiste y arrojaste tantas almas que se hicieron desear y defraudaron tu esperanza, hoy será ampliamente satisfecha: inclínate y bebe de esta agua”.

Y cuando se levantó para marcharse, lo seguí aherrojado y preso como el cordero que la zagala ató con lazos de rosas. Ya en el cuarto de habitación de mi nuevo amigo, éste, apenas traspuestos los umbrales que le daban paso a un medio propicio y habitual, se encendió todo él. Se volvió deslumbrador y escénico como el caballo de un emperador en una parada militar. Los faldones de su levita tenían vaga semejanza con la túnica interior de un corcel de la Edad Media, enjaezado para un torneo. Le caían bajo las nalgas enjutas, acariciando los remos finos y elegantes. Y empezó su actuación teatral.

Después de un ritual de preparación cuidadosamente observado, caballero iniciado de un antiquísimo culto, y cuando ya nuestras almas se habían vuelto cóncavas, sacó el cartapacio de sus versos con la misma medida unciosa con que se acerca el sacerdote al ara. Estaba tan grave que imponía respeto. Una risa hubiera sido acuchillada en el instante de nacer.

Sacó su primer collar de topacios o, mejor dicho, su primera serie de collares de topacios, traslúcidos y brillantes. Sus manos se alzaron con tanta cadencia que el ritmo se extendió a tres mundos. Por el poder del ritmo, nuestra estancia se conmovió toda en el segundo piso, como un globo prisionero, hasta desasirse de sus lazos terrenos y llevarnos en un silencioso viaje aéreo. Pero a mí no me conmovieron sus versos, porque eran versos inorgánicos. Eran el alma traslúcida y radiante de los minerales; eran el alma simétrica y dura de los minerales.

Y entonces el Oficiante de las cosas minerales sacó su segundo collar. ¡Oh, esmeraldas, divinas esmeraldas! Y sacó el tercero. ¡Oh, diamantes, claros diamantes! Y sacó el cuarto y el quinto, que fueron de nuevo topacios, con gotas de luz, con acumulamientos de sol, con partes opacamente radiosas. Y luego el séptimo: sus carbunclos. Sus carbunclos eran casi tibios; casi me conmovieron como granos de granada y como sangre de héroes; pero los toqué y los sentí duros. De todas maneras, el alma de los minerales me invadía; aquella aristocracia inorgánica me seducía raramente, sin comprenderla por completo. Tan fue esto así que no pude traducir las palabras de mi Señor interno, que estaba confuso y hacía un vano esfuerzo por volverse duro y simétrico y limitado y brillante, y permanecí mudo. Y entonces, en imprevista explosión de dignidad ofendida, creyéndose engañado, el Oficiante me quitó su collar de

carbunclos, con movimiento tan lleno de violencia, pero tan justo, que me quedé más perplejo que dolorido. Si hubiera sido el Oficiante de las Rosas, no hubiera procedido así.

Y entonces, como a la rotura de un conjuro, por aquel acto de violencia, se deshizo el encanto del ritmo; y la blanca navecilla en que voláramos por el azul del cielo se encontró sólidamente aferrada al primer piso de una casa.

Después, nuestro común presentante, el señor de Aretal y yo almorzamos en los bajos del hotel.

Y yo, en aquellos instantes, me asomé al pozo del alma del Señor de los topacios. Vi reflejadas muchas cosas. Al asomarme, instintivamente, había formado mi cola de pavo real; pero la había formado sin ninguna sensualidad interior, simplemente solicitado por tanta belleza percibida y deseando mostrar mi mejor aspecto, para ponerme a tono con ella.

¡Oh las cosas que vi en aquel pozo! Ese pozo fue para mí el pozo mismo del misterio. Asomarse a un alma humana, tan abierta como un pozo, que es un ojo de la tierra, es lo mismo que asomarse a Dios. Nunca podemos ver el fondo. Pero nos saturamos de la humedad del agua, el gran vehículo del amor; y nos deslumbramos de luz reflejada.

Este pozo reflejaba el múltiple aspecto exterior en la personal manera del señor de Aretal. Algunas figuras es-

taban más vivas en la superficie del agua: se reflejaban los clásicos, ese tesoro de ternura y de sabiduría de los clásicos; pero sobre todo se reflejaba la imagen de un amigo ausente, con tal pureza de líneas y tan exacto colorido que no fue uno de los menos interesantes atractivos que tuvo para mí el alma del señor de Aretal, este paralelo darme el conocimiento del alma del señor de la Rosa, el ausente amigo tan admirado y tan amado. Por encima de todo se reflejaba Dios. Dios de quien nunca estuve menos lejos. La gran alma que a veces se enfoca temporalmente. Yo comprendí, asomándome al pozo del señor de Aretal, que éste era un mensajero divino. Traía un mensaje a la humanidad: el mensaje humano, que es el más valioso de todos. Pero era un mensajero inconsciente. Prodigaba el bien y no lo tenía consigo.

Pronto interesé sobremanera a mi noble huésped. Me asomaba con tanta avidez al agua clara de su espíritu que pudo tener una imagen exacta de mí. Me había aproximado lo suficiente, y además yo también era una cosa clara que no interceptaba la luz. Acaso lo ofusqué tanto como él a mí. Es una cualidad de las cosas alucinadas el ser a su vez alucinadoras. Esta mutua atracción nos llevó al acercamiento y estrechez de relaciones. Frecuenté el divino templo de aquella alma hermosa. Y a su contacto empecé a encenderme. El señor de Aretal era una lámpara encendida y yo era una cosa combustible. Nuestras almas se

comunicaban. Yo tenía las manos extendidas y el alma de cada uno de mis diez dedos era una antena por la que recibía el conocimiento del alma del señor de Aretal. Así supe de muchas cosas antes no conocidas. Por raíces aéreas, ¿qué otra cosa son los dedos?, u hojas aterciopeladas, ¿qué otra cosa que raíces aéreas son las hojas?, yo recibía de aquel hombre algo que me había faltado antes. Había sido un arbusto desmedrado que prolonga sus filamentos hasta encontrar el humus necesario en una tierra nueva. ¡Y cómo me nutría! Me nutría con la beatitud con que las hojas trémulas de clorofila se extienden al sol; con la beatitud con que una raíz encuentra un cadáver en descomposición; con la beatitud con que los convalecientes dan sus pasos vacilantes en las mañanas de primavera, bañadas de luz; con la beatitud con que el niño se pega al seno nutricional y después, ya lleno, sonrío en sueños a la visión de una ubre nivea. ¡Bah! Todas las cosas que se completan tienen beatitud así. Dios, un día, no será otra cosa que un alimento para nosotros: algo necesario para nuestra vida. Así sonrían los niños y los jóvenes, cuando se sienten beneficiados por la nutrición.

Además me encendí. La nutrición es una combustión. Quién sabe qué niño divino regó en mi espíritu un reguero de pólvora, de nafta, de algo fácilmente inflamable, y el señor de Aretal, que había sabido aproximarse hasta mí, le había dado fuego. Yo tuve el placer de arder: es decir,

de llenar mi destino. Comprendí que era una cosa esencialmente inflamable. ¡Oh, padre fuego, bendito seáis! Mi destino es arder. El fuego es también un mensaje. ¿Qué otras almas arderían por mí? ¿A quién comunicaría mi llama? ¡Bah! ¿Quién puede predecir el porvenir de una chispa?

Yo ardí y el señor de Aretal me vio arder. En una maravillosa armonía, nuestros dos átomos de hidrógeno y de oxígeno habían llegado tan cerca que, prolongándose, emanando porciones de sí, casi llegaron a juntarse en alguna cosa viva. A veces revolaban como dos mariposas que se buscan y tejen maravillosos lazos sobre el río y en el aire. Otras se elevaban por la virtud de su propio ritmo y de su armoniosa consonancia, como se elevan las dos alas de un dístico. Una estaba fecundando a la otra. Hasta que...

¿Habéis oído de esos carámbanos de hielo que, arrasados a aguas tibias por una corriente submarina, se desintegran en su base, hasta que perdido un maravilloso equilibrio giran sobre sí mismos en una apocalíptica vuelta, rápidos, inesperados, presentando a la faz del sol lo que antes estaba oculto entre las aguas? Así, invertidos, parecen inconscientes de los navíos que, al hundirse su parte superior, hicieron descender al abismo. Inconscientes de la pérdida de los nidos que ya se habían formado en su parte vuelta hasta entonces a la luz, en la

relativa estabilidad de esas dos cosas frágiles: los huevos y los hielos.

Así de pronto, en el ángel transparente del señor de Aretal, empezó a formarse una casi inconsistente nubecilla oscura. Era la sombra proyectada por el caballo que se acercaba.

¿Quién podría expresar mi dolor cuando en el ángel del señor de Aretal apareció aquella cosa oscura, vaga e inconsistente? Había mi noble amigo bajado a la cantina del hotel en que habitaba. ¿Quién pasaba? ¡Bah! Un oscuro ser, poseedor de unas horribles narices aplastadas y de unos labios delgados. ¿Comprendéis? Si la línea de su nariz hubiese sido recta, también en su alma se hubiese enderezado algo. Si sus labios hubiesen sido gruesos, también su sinceridad se hubiese acrecentado. Pero no. El señor de Aretal le había hecho un llamamiento. Ahí estaba... Y mi alma, que en aquel instante tenía el poder de discernir, comprendió claramente que aquel homecillo, a quien hasta entonces había creído un hombre, porque un día vi arrebolarse sus mejillas de vergüenza, no era sino un homúnculo. Con aquellas narices no se podía ser sincero.

Invitados por el señor de los topacios, nos sentamos a una mesa. Nos sirvieron coñac y refrescos, a elección. Y aquí se rompió la armonía. La rompió el alcohol. Yo no tomé. Pero tomó él. Pero estuvo el alcohol próximo a mí,

sobre la mesa de mármol blanco. Y medió entre nosotros y nos interceptó las almas. Además, el alma del señor de Aretal ya no era azul como la mía. Era roja y chata como la del compañero que nos separaba. Entonces comprendí que lo que yo había amado más en el señor de Aretal era mi propio azul.

Pronto el alma chata del señor de Aretal empezó a hablar de cosas bajas. Todos sus pensamientos tuvieron la nariz torcida. Todos sus pensamientos bebían alcohol y se materializaban groseramente. Nos contó de una legión de negras de Jamaica, lúbricas y semidesnudas, corriendo tras él en la oferta de su odiosa mercancía por cinco centavos. Me hacía daño su palabra y pronto me hizo daño su voluntad. Me pidió insistentemente que bebiera alcohol. Cedí. Pero apenas consumado mi sacrificio sentí claramente que algo se rompía entre nosotros. Que nuestros señores internos se alejaban y que venía abajo, en silencio, un divino equilibrio de cristales. Y se lo dije:

—Señor de Aretal, usted ha roto nuestras divinas relaciones en este mismo instante. Mañana usted verá en mí llegar a su aposento sólo un hombre y yo sólo encontraré un hombre en usted. En este mismo instante usted me ha teñido de rojo.

El día siguiente, en efecto, no sé qué hicimos el señor de Aretal y yo. Creo que marchamos por la calle en vía de cierto negocio. Él iba de nuevo encendido. Yo marchaba

a su vera apagado ¡y lejos de él! Iba pensando en que jamás el misterio me había abierto tan ancha rasgadura para asomarme, como en mis relaciones con mi extraño acompañante. Jamás había sentido tan bien las posibilidades del hombre; jamás había entendido tanto al dios íntimo como en mis relaciones con el señor de Aretal.

Llegamos a su cuarto. Nos esperaban sus formas de pensamiento. Y yo siempre me sentía lejos del señor de Aretal. Me sentí lejos muchos días, en muchas sucesivas visitas. Iba a él obedeciendo leyes inexorables. Porque era preciso aquel contacto para quemar una parte en mí, hasta entonces tan seca, como que se estaba preparando para arder mejor. Todo el dolor de mi sequedad hasta entonces ahora se regocijaba de arder; todo el dolor de mi vacío hasta entonces ahora se regocijaba de plenitud. Salí de la noche de mi alma en una aurora encendida. Bien está. Bien está. Seamos valientes. Cuanto más secos estemos ardemos mejor. Y así iba a aquel hombre y nuestros Señores se regocijaban. ¡Ah! ¡Pero el encanto de los primeros días! ¿En dónde estaba?

Cuando me resigné a encontrar un hombre en el señor de Aretal, volvió de nuevo el encanto de su maravillosa presencia. Amaba a mi amigo. Pero me era imposible dessecar la melancolía del dios ido. ¡Traslúcidas, diamantinas alas perdidas! ¿Cómo encontraros los dos y volver a donde estuvimos?

Un día, el señor de Aretal encontró propicio el medio. Éramos varios sus oyentes; en el cuarto encantado por sus creaciones habituales, se recitaron versos. Y de pronto, ante unos más hermosos que los demás, como ante una clarinada, se levantó nuestro noble huésped, piafante y elástico. Y allí, y entonces, tuve la primera visión: *el señor de Aretal estiraba el cuello como un caballo*.

Le llamé la atención:

—Excelso huésped, os suplico que adoptéis esta y esta actitud.

Sí, era cierto: *estiraba el cuello como un caballo*.

Después, la segunda visión; el mismo día. Salimos a andar. Y de pronto percibí, lo percibí: *el señor de Aretal caía como un caballo*. Le faltaba de pronto el pie izquierdo y entonces sus ancas casi tocaban tierra, como un caballo claudicante. Se erguía luego con rapidez; pero ya me había dejado la sensación. ¿Habéis visto caer a un caballo?

Luego la tercera visión, a los pocos días. Accionaba el señor de Aretal sentado frente a sus monedas de oro, y de pronto lo vi mover los brazos como mueven las manos los caballos de pura sangre, sacando las extremidades de sus miembros delanteros hacia los lados, en esa bella serie de movimientos que tantas veces habréis observado cuando un jinete hábil, en un paseo concurrido, reprime el paso de un corcel caracoleante y espléndido.

Después, otra visión: *el señor de Aretal veía como un caballo*. Cuando lo embriagaba su propia palabra, como embriaga al corcel noble su propia sangre generosa, trémulo como una hoja, trémulo como un corcel montado y reprimido, trémulo como todas esas formas vivas de raigambres nerviosas y finas, inclinaba la cabeza, ladeaba la cabeza, y así veía, mientras sus brazos desataban algo en el aire, como las manos de un caballo. —¡Qué cosa más hermosa es un caballo! ¡Casi se está sobre dos pies!—. Y entonces yo sentía que lo cabalgaba el espíritu.

Y luego cien visiones más. El señor de Aretal se acercaba a las mujeres como un caballo. En las salas suntuosas no se podía estar quieto. Se acercaba a la hermosa señora recién presentada, con movimientos fáciles y elásticos, baja y ladeada la cabeza, y daba una vuelta en torno de ella y daba una vuelta en torno de la sala.

Veía así, de lado. Pude observar que sus ojos se mantenían inyectados de sangre. Un día se rompió uno de los vasillos que los coloreaban con trama sutil; se rompió el vasillo y una manchita roja había coloreado su córnea. Se lo hice observar.

—Bah —me dijo—, es cosa vieja. Hace tres días que sufro de ello. Pero no tengo tiempo para ver a un doctor.

Marchó al espejo y se quedó mirando fijamente. Cuando al día siguiente volví, encontré que una virtud más lo ennoblecía. Le pregunté: “¿Qué lo embellece en esta

hora?”. Y él respondió: “Un matiz”. Y me contó que se había puesto una corbata roja para que armonizara con su ojo rojo. Y entonces yo comprendí que en su espíritu había una tercera coloración roja y que estas tres rojeces juntas eran las que me habían llamado la atención al saludarlo. Porque el espíritu de cristales del señor de Aretal se teñía de las cosas ambientes. Y eso eran sus versos: una maravillosa cristalería teñida de las cosas ambientes: esmeraldas, rubíes, ópalos...

Pero esto era triste a veces porque a veces las cosas ambientes eran oscuras o de colores mancillados: verdes de estercolero, palideces verdes de plantas enfermas. Llegué a deplorar el encontrarlo acompañado, y cuando esto sucedía, me separaba con cualquier pretexto del señor de Aretal, si su acompañante no era una persona de colores claros.

Porque indefectiblemente el señor de Aretal reflejaba el espíritu de su acompañante. Un día lo encontré, ¡a él, el noble corcel!, enano y meloso. Y como en un espejo, vi en la estancia a una persona enana y melosa. En efecto, allí estaba; me la presentó. Era una mujer como de cuarenta años, chata, gorda y baja. Su espíritu también era una cosa baja. Algo rastreado y humilde; pero inofensivo y deseoso de agradar. Aquella persona era el espíritu de la adulación. Y Aretal también sentía en aquellos momentos una pequeña alma servil y obsequiosa. “¿Qué espejo cóncavo ha he-

cho esta horrorosa trasmutación?” me pregunté yo, aterrizado. Y de pronto todo el aire transparente de la estancia me pareció un transparente vidrio cóncavo que deformaba los objetos. ¡Qué chatas eran las sillas!... Todo invitaba a sentarse sobre ello. Aretal era un caballo de alquiler más.

Otra ocasión, y a la mesa de un bullanguero grupo que reía y bebía, Aretal fue un ser humano más, uno más del montón. Me acerqué a él y lo vi catalogado y con precio fijo. Hacía chistes y los blandía como armas defensivas. Era un caballo de circo. Todos en aquel grupo se exhibían. Otra vez fue un jayán. Se enredó en palabras ofensivas con un hombre brutal. Parecía una vendedora de verduras. Me hubiera dado asco; pero lo amaba tanto que me dio tristeza. Era un caballo que daba coces.

Y entonces, al fin, apareció en el plano físico una pregunta que hacía tiempo formulaba: ¿Cuál es el verdadero espíritu del señor de Aretal? Y la respondí pronto. El señor de Aretal, que tenía una elevada mentalidad, no tenía espíritu: era amoral. Era amoral como un caballo y se dejaba montar por cualquier espíritu. A veces, sus jinetes tenían miedo o eran mezquinos y entonces el señor de Aretal los arrojaba lejos de sí, con un soberbio bote. Aquel vacío moral de su ser se llenaba, como todos los vacíos, con facilidad. Tendía a llenarse.

Propuse el problema a la elevadísima mente de mi amigo y ésta lo aceptó en el acto. Me hizo una confesión:

—Sí: es cierto. Yo, a usted que me ama, le muestro la mejor parte de mí mismo. Le muestro a mi dios interno. Pero, es doloroso decirlo, entre dos seres humanos que me rodean, yo tiendo a colorearme del color del más bajo. Huya de mí cuando esté en una mala compañía.

Sobre la base de esta percepción, me interné más en su espíritu. Me confesó un día, dolorido, que ninguna mujer lo había amado. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ninguna mujer lo podía amar, porque él no era un hombre, y la unión hubiera sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía el pudor, y era indelicado en sus relaciones con las damas como un animal. Y él:

—Pero yo las colmo de dinero.

—También se lo da una valiosa finca en arrendamiento.

Y él:

—Pero yo las acaricio con pasión.

—También les lamen las manos sus perritos de lanas.

Y él:

—Pero yo les soy fiel y generoso; yo les soy humilde; yo les soy abnegado.

—Bien; el hombre es más que eso. Pero ¿las ama usted?

—Sí, las amo.

—Pero ¿las ama usted como un hombre? No, amigo, no. Usted rompe en esos delicados y divinos seres mil

hilos tenues que constituyen toda una vida. Esa última ramera que le ha negado su amor y ha desdenado su dinero, defendió su única parte inviolada: su señor interno; lo que no se vende. Usted no tiene pudor. Y ahora oiga mi profecía: una mujer lo redimirá. Usted, obsequioso y humilde hasta la baja con las damas; usted, orgulloso de llevar sobre sus lomos una mujer bella, con el orgullo de la hacanea favorita, que se complace en su preciosa carga; cuando esta mujer bella lo ame, se redimirá: conquistará el pudor.

Y otra hora propicia a las confidencias:

—Yo no he tenido nunca un amigo.

Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ningún hombre le podría dar su amistad, porque él no era un hombre, y la amistad hubiese sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía la amistad y era indelicado en sus relaciones con los hombres, como un animal. Conocía sólo el camaraderismo. Galopaba alegre y generoso en los llanos, con sus compañeros; gustaba de ir en manadas con ellos; galopaba primitivo y matinal, sintiendo arder su sangre generosa que lo incitaba a la acción, embriagándose de aire y de verde y de sol; pero luego se separaba indiferente de su compañero de una hora lo mismo que de su compañero de un año. El caballo, su hermano, muerto a su lado, se descomponía bajo el dombo del cielo, sin hacer asomar una lágrima a sus ojos... Y el señor de Aretal, cuando concluí de expresar mi último concepto, radiante:

—Ésta es la gloria de la naturaleza. La materia inmortal no muere. ¿Por qué llorar a un caballo cuando queda una rosa? ¿Por qué llorar a una rosa cuando queda un ave? ¿Por qué lamentar a un amigo cuando queda un prado? Yo siento la radiante luz del sol que nos posee a todos, que nos redime a todos. Llorar es pecar contra el sol. Los hombres, cobardes, miserables y bajos, pecan contra la naturaleza, que es Dios.

Y yo, reverente, de rodillas ante aquella hermosa alma animal, que me llenaba de la unción de Dios:

—Sí, es cierto; pero el hombre es una parte de la naturaleza; es la naturaleza evolucionada. ¡Respeto a la evolución! Hay fuerza y hay materia: ¡respeto a las dos! Todo no es más que uno.

—Yo estoy más allá de la moral.

—Usted está más acá de la moral: usted está bajo la moral. Pero el caballo y el ángel se tocan, y por eso usted a veces me parece divino. San Francisco de Asís amaba a todos los seres y a todas las cosas, como usted; pero, además, las amaba de un modo diferente; pero las amaba después del círculo, no antes del círculo, como usted.

Y él entonces:

—Soy generoso con mis amigos, los cubro de oro.

—También se lo da una valiosa finca en arrendamiento, o un pozo de petróleo, o una mina en explotación.

Y él:

—Pero yo les presto mil pequeños cuidados. Yo he sido enfermero del amigo enfermo y buen compañero de orgía del amigo sano.

Y yo:

—El hombre es más que eso: el hombre es la solidaridad. Usted ama a sus amigos, pero ¿los ama con amor humano? No; usted ofende en nosotros mil cosas impalpables. Yo, que soy el primer hombre que ha amado a usted, he sembrado los gérmenes de su redención. Ese amigo egoísta que se separó, al separarse de usted, de un bienhechor, no se sintió unido a usted por ningún lazo humano. Usted no tiene solidaridad con los hombres.

—...

—Usted no tiene pudor con las mujeres, ni solidaridad con los hombres, ni respeto a la ley. Usted miente, y encuentra en su elevada mentalidad excusa para su mentira, aunque es por naturaleza verídico como un caballo. Usted adula y engaña y encuentra en su elevada mentalidad excusa para su adulación y su engaño, aunque es por naturaleza noble como un caballo. Nunca he amado tanto a los caballos como al amarlos en usted. Comprendo la nobleza del caballo: es casi humano. Usted ha llevado siempre sobre el lomo una carga humana: una mujer, un amigo... ¡Qué hubiera sido de esa mujer y de ese amigo en los pasos difíciles sin usted, el noble, el fuerte, que los llevó sobre sí, con una generosidad que será su redención! El que lleva

una carga, más pronto hace el camino. Pero usted las ha llevado como un caballo. Fiel a su naturaleza, empiece a llevarlas como un hombre.

Me separé del señor de los topacios, y a los pocos días fue el hecho final de nuestras relaciones. Sintió de pronto el señor de Aretal que mi mano era poco firme, que llegaba a él mezquino y cobarde, y su nobleza de bruto se sublevó. De un bote rápido me lanzó lejos de sí. Sentí sus cascos en mi frente. Luego un veloz galope rítmico y marcial, aventando las arenas del desierto. Volví los ojos hacia donde estaba la esfinge en su eterno reposo de misterio, y ya no la vi. ¡La esfinge era el señor de Aretal que me había revelado su secreto, que era el mismo del centauro!

Era el señor de Aretal que se alejaba en su veloz galope, con rostro humano y cuerpo de bestia.

*Guatemala, octubre de 1914*

## NOTICIA DEL TEXTO

La primera edición de *El hombre que parecía un caballo* data de 1915 (Quetzaltenango, Guatemala, Tipografía Arte Nuevo); este tiraje, tan breve como privado, incluyó “El trovador colombiano” —narración que suele acompañar a la novela corta—.

Desde entonces, ha sido editada en diferentes ciudades del continente americano: en San José, Costa Rica, por la Imprenta Alsina de Ediciones Sarmiento (Cuaderno 14, 1918); en Guatemala, por la Imprenta Electra de Ediciones Ayestas, apareció con el título *El hombre que parecía un caballo y El ángel* (1920); la cuarta edición corrió a cargo de la Imprenta Victoria, en Lectura Selecta (vol. 19), en México (*El hombre que parecía un caballo*, 1920); mientras que la Tipografía Sánchez & de Guise, de Guatemala, lanzó el volumen *El hombre que parecía un caballo y Las rosas de Engaddi* (poemario) en 1927.

Esta historia no ha pasado inadvertida para los editores europeos, pues la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones la dio a conocer en Madrid, junto con el cuento “El trovador colombiano”, la serie de relatos *El ángel* y la

autobiografía “El profundo sabor humano de mi vida” (*El hombre que parecía un caballo*, 1931).

La Editorial Universitaria la recogió en *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos* (Guatemala, 1951). Con el mismo nombre, el Ministerio de Cultura del Departamento de Cultura Editorial, de El Salvador, la dio a conocer en 1958. Novelas en la Frontera ha tomado ésta como texto base para preparar el presente material, pues se trata de la última versión autorizada de la cual se tiene registro.<sup>1</sup>

A partir de entonces, la edición de 1958 ha sido reproducida por distintas editoriales, tal es el caso de la Editorial Latinoamericana (Lima, 1960); de la Biblioteca Guatemalteca de Cultura Popular (Guatemala, 1963); o de la Editorial Universitaria Centroamericana (El Salvador, 1970; reeditada en Costa Rica, 1982).

En 1959, apareció en la edición homenaje *Obras escogidas: prosa y poesía. 50 años de vida literaria* de la Editorial Universitaria de Guatemala. Con el título *L'uomo che pareva un cavallo* la editorial italiana Rizzoli la presentó en

<sup>1</sup> Asimismo, Novelas en la Frontera ofrece el artículo “Cómo compuse *El hombre que parecía un caballo*” —disponible en este portal—, donde Rafael Arévalo relata las peripecias vividas tras su encuentro con Miguel Ángel Osorio (1883-1942), el poeta colombiano en quien Arévalo Martínez basó la naturaleza equina de su personaje, el señor de Aretal.

Milán en 1964. *Narraciones ejemplares de Hispanoamérica* la recogió en 1967 (con edición, introducción, notas y vocabulario de Joseph Ramon Jones y Daniel R. Reedy; Nueva Jersey, Prentice Hall). En Nueva York, en 1966, fue compilada por John Armstrong Crow y Edward J. Dudley, para la editorial Holt, Rinehart & Winston.

La colección Biblioteca Letras Centroamericanas (Guatemala, Piedra Santa) publicó en 1975 *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*, versión tomada de la edición de 1951. Este título también apareció en la carátula del tiraje preparado por la casa editora Artemis-Edinter (Guatemala, 1995).

En 1997, Dante Liano coordinó la edición crítica de *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos* (ALLCA XX-Universidad de Costa Rica).

En 2003, formó parte de *Cuentos fantásticos modernistas de Hispanoamérica* (edición de Dolores Phillips-López, Madrid, Cátedra).

La colección Relato Licenciado Vidriera, de la UNAM, presentó este libro, junto con “El trovador colombiano”, en 2003. Ese mismo año, con selección y prólogo de Armando Rivera, Letra Negra, de Guatemala, la incluyó en *Narradores del siglo XX*.

Finalmente, *Spanish-American Short Stories. Cuentos hispanoamericanos* recogió este texto en 2005 (Nueva York, Dover Publications).

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ  
TRAZO BIOGRÁFICO

Rafael Arévalo Martínez nació en Guatemala el 25 de julio de 1884. Realizó sus primeros estudios en el Colegio San José de los Infantes, en la ciudad de Guatemala. Aprobó el segundo grado de secundaria con honores, sin embargo, debido a problemas de salud tuvo que abandonar sus cursos y completar su formación de manera autodidacta.

Desde muy joven dio muestra de su talento al publicar, a los catorce años, el periódico escolar *El Primero Complementario*. Tiempo más tarde, en 1913, junto con Francisco Fernández Hall (1883-1941), fundó y dirigió *Juan Chapín. Revista de Literatura y Variedades*, semanario donde publicó gran parte de su producción poética. En 1912 asumió el cargo de redactor en jefe de *La República*, y entre 1916 y 1918 residió en Tegucigalpa, Honduras, donde se desempeñó como jefe de redacción del diario *El Nuevo Tiempo*.

De igual manera, formó parte del grupo de artistas, pintores, escultores y literatos de la Generación de 1910. Carlos Mérida (1891-1984), Rafael Rodríguez (1890-1929),

Rafael Yela (1888-1942), Carlos Wyld Ospina (1891-1956) y el español Jaime Sabartés (1881-1968), entre otros, integraron esta agrupación, conocida por su incesante búsqueda estética fuera del modernismo.

En 1911, publicó su primer libro, *Maya*, y en 1914 salió a la luz el poemario *Los atormentados*, obras aún influidas por el movimiento modernista. En 1914, se editó la narración *Una vida* cuya continuación se dio a conocer en 1922, seguida de *Hondura* (1947), novela con la que culmina esta trilogía autobiográfica.

*El hombre que parecía un caballo* (1915) consiguió que la fama de Arévalo Martínez creciera y rebasara los linderos nacionales. En 1918, difundió *Las rosas de Engaddi*, y en 1927, con *Las noches en el Palacio de la Nunciatura*, retomó el argumento de *El hombre que parecía un caballo*.

Sus dos novelas utópicas aparecieron en 1935: *El mundo de los maharachías* y *Viaje a Ipanda*; con influencia de la literatura anglosajona, en ellas se observa la evolución de su pensamiento hacia la construcción de una sociedad democrática e igualitaria. En *Ecce Pericles* (Guatemala, Tipografía Nacional, 1945), de técnica historiográfica, escribió acerca de la dictadura y caída de Manuel Estrada Cabrera (1857-1954).

Ingresó como miembro correspondiente de la Real Academia Española en 1921. Fue director de la Biblioteca Nacional de Guatemala desde 1927 hasta 1945. Y después

fungió como delegado de su país en la Unión Panamericana, en Washington. En 1955, inició un viaje por Europa, donde recorrió Francia, Italia, España y Suiza.

Entre las obras que recibieron innumerables premios a lo largo de su trayectoria, destacan el cuento “Mujeres y niños” (1908), publicado en la revista *Electra*, y el poema “La mujer soñada”, dado a conocer en el diario *La República* (1910); asimismo, su libro *Cratilo y otros cuentos* (Guatemala, Universidad de San Carlos, 1968) obtuvo el premio Quetzal de Oro de la Asociación de Periodistas de Guatemala. El gobierno mexicano le otorgó en 1950 la condecoración del Águila Azteca. En 1958, fue galardonado con La Orden del Quetzal, de Guatemala, y la Orden de Rubén Darío en el grado de Gran Cruz, de Nicaragua.

La Universidad de San Carlos le rindió un homenaje por sus 50 años de vida literaria, y dio a conocer sus *Obras escogidas: prosa y poesía. 50 años de vida literaria* (Guatemala, Editorial Universitaria, 1959).

Rafael Arévalo Martínez falleció en la ciudad de Guatemala el 12 de junio de 1975.

# NOVELAS en la FRONTERA

**Gustavo Jiménez Aguirre**, director

## CONSEJO ASESOR

**Sarah Aponte**, The City College of New York

**Maricruz Castro Ricalde**, Tecnológico de Monterrey, Toluca

**José Ricardo Chaves**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Adrián Curiel Rivera**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Verónica Hernández Landa V.**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Dante Liano**, Università Cattolica del Sacro Cuore

**Consuelo Meza Márquez**, Universidad Autónoma de Aguascalientes

**Begoña Pulido Herráez**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Cira Romero**, Academia Cubana de la Lengua

**Rubén Ruiz Guerra**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Margaret Elisabeth Shrimpton Masson**, Universidad Autónoma de Yucatán

**Arturo Taracena**, Universidad Nacional Autónoma de México

## COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

**Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez**

**Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo**

**Jiménez Aguirre • Elif Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros**

## DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

**Andrea Jiménez**

## PORTADA

**Gonzalo Fontano**

## SERVICIO SOCIAL

**Alan Cabrera**



*El hombre que parecía un caballo se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 18 de agosto de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de JOSHUA CÓRDOVA. La edición estuvo al cuidado de GABRIEL M. ENRÍQUEZ y BRAULIO AGUILAR.*